

## Memoria de lector

Los textos que siguen evocan distintas experiencias de lectura que han dejado su marca en la memoria de sus autores. Tras su lectura, escribir un texto breve sobre una experiencia personal con la lectura que haya quedado en su memoria.

### Diecisiete líneas sobre Truman Capote

Por Guillermo Martínez

Si bien Truman Capote se hizo famoso sobre todo por *A sangre fría*, creo que lo mejor de su obra está repartido entre *Desayuno en Tiffany's* y algunos de los relatos de *Música para camaleones*. Hay allí uno en particular, "Ataúdes tallados a mano", que por mucho tiempo no pude volver a leer por la razón más pueril: me había dado miedo de verdad, una clase de miedo que no sentía desde la infancia, como si me hubiera expuesto a una forma insidiosa e irreversible del mal. Lo empecé en la circunstancia más desprevenida: estaba tumbado en la playa, el sol era amable y mi hija hacía flancitos de arena a mi alrededor. Cuando terminé, sólo veía sombras, como si el sol se hubiera apartado, y no conseguía que se me borrara la risa triunfante de Quinn, al borde del río, después de haber llenado sus siete ataúdes. El cuento lleva como subtítulo "Relato real de un crimen americano", pero se especula que Capote quería repetir el éxito de *A sangre fría* y fingió para los lectores que había detrás una historia documentada. Recién ahora, diez años después, porque lo invoqué dentro de una novela propia, pude volver a leerlo, como quien desarma, con el temor de ser lastimado, una antigua trampa. El filo está intacto: el cuento daña.

*La Nación Revista*, 19 de febrero de 2006

"Asiento a cada una de sus voces con toda mi sangre y, lo que es extraño: su libro es el más solitario, el más profundamente solo que se ha escrito en el mundo y no obstante, releyéndolo a medianoche, me sentí acompañada o mejor dicho amparada. Y también asegurada, tranquilizada, como si me hubieran dado la razón en la única cosa que yo rogaba tenerla."

Alejandra Pizarnik  
(a propósito de la lectura de *Voces* de Antonio Porchia)

OPINION

## Los hielos del verano, por Beatriz Sarlo

**Las vacaciones de la infancia pasaban a la sombra de la higuera, con libros de aventuras. Al calor de la siesta cordobesa, imaginando la expedición polar narrada por Julio Verne.**

**POR BEATRIZ SARLO\*.**

[bsarlo@viva.clarin.com.ar](mailto:bsarlo@viva.clarin.com.ar)

En vacaciones se leían los libros que se habían recibido de regalo, los que se pedían prestado o se encontraban casi por casualidad. Había un poco de todo, porque los padres no acertaban siempre, y las intuiciones infantiles tampoco. Pero cada uno de esos libros, de todos modos, era leído hasta el final. La idea de abandonarlo por la mitad resultaba una especie de insulto al objeto, a la persona que lo había traído, incluso a uno mismo, porque quizás uno fuera todavía indigno de ese libro. De todos modos, había pocas desilusiones y grandes aventuras.

Una higuera de higos blancos le daba sombra a un banco de madera. De esa sombra se decía que era enfermiza, aunque nunca hicimos caso de esa advertencia botánica o, simplemente, supersticiosa. El lugar era incómodo porque los higos maduros, que se aplastaban contra el piso de tierra y no podían comerse, atraían las moscas y las hormigas; además, las hojas de la higuera eran grandes, pero no tupidas, y los rayos del sol iluminaban con demasiada vehemencia a la hora de la siesta. Una garantía para que nadie viniera a molestar.

Debajo de esa higuera leí *Las aventuras del capitán Hatteras*, la novela de Julio Verne. Todavía hoy me pregunto cómo hacía para atravesar los capítulos de esos libros de viajes y exploraciones, donde decenas de términos de navegación ni siquiera eran buscados en el diccionario, sino que simplemente se tomaban como objetos marítimos de uso desconocido de los que sólo podía imaginarse que eran necesarios para manejar un barco.

El capitán Hatteras era un explorador inglés del polo norte, un hombre misterioso aunque de transparente patriotismo imperial británico, que a mí me tenía sin cuidado porque ni siquiera me daba cuenta. El personaje no se revelaba hasta la página 50, porque había embarcado bajo el disfraz de un marinero raso, y tomó el mando de la nave recién cuando alcanzaron la zona de hielos árticos. Ese hombre duro y enérgico que, para comprobar el temple de sus subordinados, se había escondido durante varios meses, estaba poseído de una voluntad tan glacial como los hielos que, a partir del invierno, rodearon su barco, que quedó anclado en medio de una planicie helada.

La nave transportaba comida y carbón para varios años, lo cual le daba una dimensión infinita y metafísica al viaje. Más que una navegación hacia el polo (al que finalmente llegaron, creo) era una aventura entre icebergs y desfiladeros donde el agua de mar se había vuelto sólida y se cortaba a pico en vetas azules o tornasoladas, como un glaciar. El barco quedaba apresado por toneladas de hielo; por las extensiones de mar helado se arrastraban los marinos y el perro hirsuto del capitán. La tripulación se enfermaba de una dolencia debilitante y desconocida (para mí), que Verne designa con la palabra escorbuto, cuyo nombre me resultó tan elocuentemente amenazador que tampoco lo busqué en el diccionario.

En *Las aventuras del capitán Hatteras* hay muy poca variación, ya que se repite, de capítulo en capítulo, básicamente lo mismo: extensión ennegrecida de nieve petrificada, completa oscuridad durante los meses invernales, auroras boreales, crujidos de la embarcación en el silencio del desierto blanco, hambre, congelamiento, extenuación y enfermedad. Cuando las cosas se volvían incomprensibles, el médico de la expedición las explicaba con sencillez en páginas que, además, podían saltarse. Debajo de la higuera cordobesa, escuchando el zumbido pegajoso de las moscas, yo avanzaba con el capitán Hatteras. Hoy me doy cuenta de que la novela era una especie de *Moby Dick* para niños, porque Hatteras perseguía el centro polar con la misma monótona pasión con que el capitán Ahab perseguía la ballena blanca. Pero sin odio, simplemente animado por la obsesión aventurera. Atontada por el calor, me identificaba con los expedicionarios y, al mismo tiempo, disfrutaba con sus padecimientos. Me comportaba como un lector típico que simpatiza con los personajes porque sabe que está a salvo de los peligros que ellos corrieron.